

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

El arribo de la lucha armada a las ciudades colombianas en los años sesenta.

López de la Torre Carlos Fernando.

Cita:

López de la Torre Carlos Fernando (2013). *El arribo de la lucha armada a las ciudades colombianas en los años sesenta. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/486>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia 2 al 5 de octubre de 2013

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 58

Título de la Mesa Temática: Orden, conflicto y violencia en América Latina en el siglo XX.

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Verónica Giordano, Lorena Soler e Igor Goicovic

EL ARRIBO DE LA LUCHA ARMADA A LAS CIUDADES COLOMBIANAS EN LOS AÑOS SESENTA

López de la Torre Carlos Fernando

Posgrado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México

ferlo8990@hotmail.com

<http://interescuelashistoria.org/>

EL ARRIBO DE LA LUCHA ARMADA A LAS CIUDADES COLOMBIANAS EN LOS AÑOS SESENTA

Carlos Fernando López de la Torre

Posgrado en Estudios Latinoamericanos, Universidad Nacional Autónoma de México

ferlo8990@hotmail.com

Introducción

Los años sesenta marcaron una coyuntura clave en la historia política latinoamericana. El cuestionamiento a las contradicciones de los procesos acelerados de modernización provocó la radicalización de una serie de actores que, influidos por el triunfo de la Revolución Cubana, optaron por la lucha armada como el medio para la transformación radical de las estructuras políticas y socioeconómicas existentes. La violencia se convirtió en el instrumento redentor con el cual realizar estas transformaciones, apareciendo a lo largo del continente guerrillas de corte foquista y campesino, que posteriormente buscaron incursionar en el entorno urbano. Uno de los países en donde este fenómeno político se desarrolló de forma notoria fue Colombia.

La ponencia aborda los primeros acercamientos que las guerrillas rurales tuvieron con el espacio urbano colombiano en la década de los sesenta, atendiendo las razones de esta incursión y las problemáticas que se les presentaron en este entorno en consideración de su origen campesino a partir de la teoría del foco guerrillero. El trabajo se divide en dos partes. En la primera se presenta el contexto en el cual surgió la violencia revolucionaria y el papel que las ciudades tuvieron en la lucha armada, mientras la segunda se centra en el estudio de las acciones urbanas realizadas por grupos procastristas como el Ejército de Liberación Nacional (ELN) y maoístas como el Ejército Popular de Liberación (EPL).

Los sesenta y la violencia revolucionaria en Colombia y Latinoamérica

La década de los sesenta marcó un punto de inflexión a nivel mundial. La generación de estos años, hija de la modernización y de los convencionalismos surgidos tras la Segunda Guerra Mundial (SGM), le cuestiona a sus padres los valores asentados. Estas interrogantes llevan a una frustración respecto al orden existente, dando como resultado la génesis de una serie de subjetividades que marcaron el espacio político y cultural de la década. Este fenómeno permitió el surgimiento de una “nueva izquierda” en Latinoamérica, crítica de la “vieja izquierda” que no llevó a la práctica la revolución.¹ El triunfo de la Revolución Cubana en 1959 marcó fuertemente la creencia de que una revolución transformaría inevitablemente el sistema político imperante en los países latinoamericanos.² Esta revolución, para que fuese rápida y radical, debía basarse en la violencia, la cual adquirió un significado redentor. Dentro de esta lógica comenzaron a operar diversos grupos armados que esperaron transformar las estructuras políticas y socioeconómicas mediante una violencia revolucionaria, entendida como aquellas acciones armadas que poseen un tinte político y van dirigidas contra un régimen visto como opresor desde una postura que buscó la construcción de un mundo nuevo.

Para comprender el fenómeno de la lucha armada en Colombia y el resto de la región es necesario atender al crecimiento y desarrollo económico que se experimentó desde la década de 1930, el cual trajo consigo las contradicciones propias de la industrialización y la modernización aceleradas, proceso resultante cuando las sociedades van experimentando cambios socioeconómicos que el sistema político es incapaz de captar dentro de sí, situación que deviene inevitablemente en tensiones sociales que radicalizaron a los grupos excluidos del sistema. Para los años sesenta, los países latinoamericanos vivieron un proceso de estancamiento económico que exacerbó dichas contradicciones. Los sectores que adoptaron un discurso revolucionario (estudiantes universitarios, intelectuales de izquierda, miembros de estrato medio del clero) vivieron

¹ En este trabajo se utilizan las nociones de “nueva” y de “vieja” izquierda acorde al plano ideológico que el sentido de época les otorgó durante el espacio temporal estudiado, es decir, la “nueva izquierda” aparece como la respuesta de sectores marxistas y nacionalistas que se opusieron a la burocratización, al reformismo y a la falta de acción para realizar un cambio estructural del sistema por parte de los “viejos” representantes de la izquierda, simbolizados en los partidos socialistas y comunistas.

² Para el espacio temporal estudiado, la revolución debe entenderse como el anhelo de ciertos sectores de transformar la política de forma radical, realizando cambios estructurales de fondo al sistema considerado oligarca, represor, colonialista y representativo del imperialismo. Dos de las principales características del concepto de revolución manejado en la época fueron su carácter mesiánico y profético, construyéndose la idea de que los cambios radicales que se estaban desarrollando en el mundo eran inevitables.

dentro de estos procesos de cambio acelerado, creadores de nuevas condiciones de desigualdad y marginación.

En el caso colombiano, buena parte de la modernización del país inició en la década de los veinte con las exportaciones del café, del cual la economía nacional se volvió dependiente hasta los años setenta. Dicha dependencia trajo problemas a partir de 1940, cuando el cierre del mercado europeo por la SGM estancó las exportaciones, limitando un crecimiento económico que impulsó la industrialización y el desarrollo de redes comunicacionales por todo el país. El modelo proteccionista de sustitución de importaciones, aplicado al finalizar la guerra y que promovió la industria y el crecimiento urbano, mostró problemas también para finales de los sesenta, entre ellos un plan industrial poco definido, dependencia tecnológica y la falta de especialización en las distintas ramas industriales (Palacios, 2002: 575). Como resultado, Colombia vivió un estancamiento económico que agudizó las contradicciones de la modernización, situación que impactó en ciudades como Medellín, que después de tener un apogeo industrial entre 1940 y 1956, su vida económica desaceleró, trayendo consigo fenómenos como el desempleo y la marginalidad (Palacios, 2002: 556).

La cerrazón del sistema político terminó por radicalizar a los grupos afectados y excluidos por la modernización. En 1957 se constituyó el Frente Nacional (FN), pacto bipartidista entre los partidos Liberal y Conservador creado como reacción a las pretensiones del general Gustavo Rojas Pinilla de extender su mandato (1953-1957) por un periodo más. El pacto planteó la alternancia de estos dos partidos en el poder a partir de 1958 y hasta 1974, si bien su desmonte fue gradual y se prolongó hasta 1990. Al permitir únicamente la participación política de los partidos tradicionales de Colombia, el FN excluyó del juego político a la oposición. La exclusión política generó radicalización, visible en los diversos movimientos sociales que surgieron como protesta contra el FN, entre los que destacaron las movilizaciones estudiantiles y las guerrillas. Fue medida común reprimir toda organización social que no fuera funcional al pacto bipartidista, acusándola de ser producto de la “infiltración” comunista en el país. La represión, junto a la exclusión política, justificó la opción armada para los sectores más radicalizados, convencidos de que los cambios deseados no se lograrían por medio de vías políticas tradicionales.

La Revolución Cubana se convirtió en el modelo de la lucha armada en Latinoamérica, propagándose la teoría del foco insurreccional guerrillero como la táctica capaz de derrotar a los sistemas oligárquicos tradicionales. La teoría del foco postula la aparición de un pequeño núcleo armado en alguna zona rural, el cual buscaría actuar como catalizador del descontento popular y con ello esparcir el germen revolucionario hasta lograr el derrocamiento del régimen. El desarrollo práctico de la teoría del foco, inspirada en los escritos de Ernesto “Che” Guevara y de Régis Debray, provocó la aparición de las principales fuerzas revolucionarias beligerantes de la época, si bien la mayoría desapareció al poco tiempo por la incompreensión de las condiciones locales que impidieron la propagación del proyecto insurgente.³

Los defensores del foquismo concibieron al campo como el lugar central para realizar la revolución. En contraste, la ciudad adquirió un papel menor en este proceso, siempre subordinada a las acciones de la guerrilla rural. Las ciudades eran vistas como lugares de rebelión importantes. Sin embargo, la presencia en ellas de los poderes políticos a derrocar dificultaba su expansión y facilitaba su debilitamiento e incluso cooptación. A ello debe agregarse que muchos actos de violencia urbanos no beneficiaban a la revolución por su carácter esporádico y, por el contrario, la perjudicaba. Debray fue muy enfático en esta cuestión al decir “que el terrorismo de ciudad no puede desempeñar ningún papel decisivo y que entraña a la vez algunos peligros de orden político” (Debray, 1981: 215). Anulado el valor político de las acciones violentas en la ciudad, las actividades debían enfocarse en el trabajo político de masas que difundiera la existencia y los propósitos de la guerrilla rural, así como la obtención de recursos que permitieran continuar con la lucha en el campo.

El papel que se le otorgó a la ciudad dentro de la violencia revolucionaria fue secundario, más logístico que operativo. Sin embargo, las contradicciones propias del teoricismo con la realidad de quienes defendieron el foco guerrillero marcaron la necesidad de los grupos armados de incursionar en las ciudades. En primer lugar, no se

³ En primer lugar se encontraba el origen social de quienes formaron los focos, jóvenes estudiantes y miembros de las clases medias, quienes no tenían un conocimiento profundo del terreno al cual se adentraron. Esta dificultad les impidió formar los cuadros políticos necesarios para insertarse en el ámbito nacional. De igual modo, el mito de la continentalización de América Latina bajo unos mismos principios ocultó la diversidad política y socioeconómica de los países, por lo que los lineamientos desarrollados en Cuba quedaban invalidados en la práctica. Por último, el aislamiento producido por la incapacidad de crear un contacto firme con las masas, junto con los golpes asestados por la contrainsurgencia, ayudaron a dismantelar rápidamente la mayoría de los focos.

midieron el impacto que las labores contrainsurgentes y la misma violencia revolucionaria causaron en la población, provocando a mediano plazo un entorno de terror que aisló a la guerrilla de su base social, condenándola al fracaso.⁴

En segundo lugar, no se entendió correctamente el papel de los campesinos como sujetos revolucionarios. Samuel Huntington visualizó que el campo poseía un papel variable, ya que tanto podía generar una situación revolucionaria como mantener la estabilidad del sistema (Huntington, 2001: 260). Esta cuestión es importante porque, históricamente, las revoluciones y resistencias desarrolladas en el campo son contrarias al cambio, más cuando es acelerado. Son movimientos que buscan el retorno a una situación anterior, concepción totalmente opuesta al sentido de época de los sesenta, donde la violencia revolucionaria se concibió como un instrumento para construir un nuevo mundo. La diferencia de percepciones entre el campesinado y los nuevos actores revolucionarios creó un choque de intereses difícil de sortear.

Para desgracia de las guerrillas foquistas, el campo latinoamericano sufrió una serie de cambios en los sesenta que lo llevaron a no ser el deseado escenario revolucionario. El fenómeno modernizador aumentó las contradicciones en el campo, recrudecidas por el crecimiento demográfico, generando un empeoramiento en las condiciones de trabajo y de bienestar, agravado en la mayoría de los países latinoamericanos que no realizaron una reforma agraria contra las oligarquías terratenientes y los latifundios. La situación llegó al punto crítico en el que los campesinos comenzaron a migrar a las ciudades, lo que redujo las tensiones en el campo y estabilizó a este sector social al ver satisfechas sus aspiraciones inmediatas (servicios, educación, trabajo).

La migración tuvo dos consecuencias claras. La primera fue que los campesinos se conservadurizaron al trasladarse a la ciudad, ya que en las elecciones votaron por los sectores políticos reformistas, los cuales no deseaban cambiar radicalmente un sistema

⁴ El propio Debray entendió mal esta situación al criticar a las autodefensas campesinas que dieron origen a las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), pues consideraba que la guerrilla tenía que ser clandestina e independiente de la población civil, permitiéndole ello la destrucción progresiva del enemigo. Para contrarrestar el accionar contrainsurgente, la guerrilla debía de poseer movilidad en una extensión territorial amplia, de tal forma que fuera difícil acabar con ella, lo que aseguraba a su vez la protección de los guerrilleros y de los civiles. La principal molestia que tuvo Debray con las autodefensas fue su carácter defensivo, ya que una guerrilla debe ser ofensiva y desprenderse de la protección civil, ya que ello impide la proyección territorial necesaria para extender la revolución al resto del país, además de facilitar su localización por la contrainsurgencia. En consecuencia, la autodefensa priva a la guerrilla de su carácter revolucionario. El error central en la interpretación del sociólogo francés fue criticar a las FARC en la base de su fortaleza histórica, en la defensa de su base social que le permitió resistir y seguir un rumbo diferente al del resto de los movimientos armados latinoamericanos.

que les trajo una serie de beneficios contemplados en sus aspiraciones. La segunda representó una paradoja para las guerrillas, puesto que empezaron a operar en el campo en un momento donde el actor político estaba reduciéndose al migrar a la ciudad, entorno que empezó a ser percibido como un escenario de lucha cada vez más importante debido a la necesidad de ampliar su espectro político, si bien ello no significó el abandono de la lucha en el campo, que para muchos continuó siendo el epicentro de la revolución.

La incursión de las guerrillas colombianas a las ciudades

Pese a la inviabilidad práctica de usar la táctica del foquismo, en varios países latinoamericanos proliferaron focos insurreccionales. En Colombia nacieron con raigambre foquista el Movimiento Obrero Estudiantil Campesino 7 de Enero (MOEC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Junto a la insurgencia foquista procubana, donde el ELN fue el caso más ejemplificador de todo el continente, apareció el maoísmo y la defensa de la guerra popular prolongada, táctica que consistió en la creación de un ejército conformado por el pueblo, campesino en su mayoría, dirigido por una vanguardia partidista que va consolidando lentamente su poder a través de la ocupación de territorios en donde va instaurando un gobierno de transición al socialismo que terminaría derrocando al régimen opresor.

Los primeros rastreos del maoísmo en Colombia se pueden hallar en el MOEC. Otras agrupaciones armadas que lo adoptaron fueron el Frente Unido de Acción Revolucionaria (FUAR) y el Partido Comunista Marxista Leninista (PC-ML), resultado de las escisiones del Partido Comunista Colombiano (PCC) al calor de la ruptura chino-soviética y cuyo brazo armado fue el Ejército Popular de Liberación (EPL). Debe rescatarse que pese a seguir unos postulados ideológicos provenientes del mundo asiático, en la práctica adoptaron el foquismo como táctica militar, mostrando la enorme impronta que significó la experiencia cubana para los revolucionarios latinoamericanos.

Las acciones revolucionarias en las ciudades colombianas pueden clasificarse en tres grupos: acciones violentas sin vínculos con algún movimiento armado, el trabajo político de masas y la violencia revolucionaria con nexos con las guerrillas del campo. El primer grupo se configuró a través de protestas violentas, entre ellas la colocación de

explosivos de baja intensidad en edificios política y económicamente importantes como embajadas, clubes de comercio y recintos de justicia, las cuales si bien tenían un tinte político no lograron pasar de ser actos que denotaron inconformidad social.

El activismo político de masas se puede catalogar como revolucionario por su discurso radical respecto a la necesidad de cambiar la realidad. Entre las acciones más comunes que realizó fue la difusión del pensamiento cubano y chino por medio de “publicaciones de incitación subversiva”, las cuales, según el gobierno colombiano, “no tienen propósitos educativos, ni recreativos, [...] sino únicamente proselitismo e instrucción de tipo revolucionario subversivo (como guerra de guerrillas), instigación al odio sin reticencias ni medida y en síntesis el planteamiento de que solo la lucha armada podrá mejorar las condiciones de vida popular” (Las publicaciones de incitación subversiva, s. f.: 104). Por lo general, el activismo político no estaba en contra de la violencia revolucionaria, si bien muchos de sus integrantes no tomaron las armas o no hicieron referencia alguna a su papel como transformadora de la sociedad.

A lo largo de la década de los sesenta, diversos focos insurreccionales terminaron por asentarse en el territorio colombiano, dando origen a las guerrillas de influencia cubana y de ideología maoísta. Estos grupos ejercieron sus principales actividades armadas en el campo. Sin embargo y por los motivos ya expuestos, las ciudades se presentaron como puntos importantes para agilizar el triunfo de la revolución. En consecuencia, es posible observar un incipiente activismo de las guerrillas en las urbes, consistente en difundir propaganda política y en la obtención de recursos.

Para los gobiernos del FN, la violencia revolucionaria en las ciudades poseyó un nivel de peligrosidad elevado cuando se encontró vinculada a una organización político-social que tuviese alguna relación con las guerrillas. Por ello procedieron a catalogar todo movimiento o protesta como subversivo y terrorista, categorizaciones que justificaron la represión estatal. El anticomunismo se presentó como el lineamiento que siguieron los gobiernos y la contrainsurgencia en la persecución de los movimientos sociales de la época, olvidando en ocasiones las causas concretas que originaron las protestas. Las Fuerzas Armadas sintetizaron los cambios de la violencia guerrillera y su incursión a las ciudades en las siguientes líneas:

Ante el fracaso de algunos movimientos armados en las zonas rurales por presión de las Fuerzas Armadas regulares, los simpatizantes y seguidores castristas, vienen siguiendo

instrucciones de la Habana, para iniciar una nueva ola de violencia en los sectores urbanos del territorio nacional, como un acto de justificación a las erogaciones Cubanas.

De ahí que en los centros urbanos se viene desarrollando una labor intensa en la formación de jóvenes e integración de redes clandestinas en todos los frentes del sector público, tendiente a que en un futuro cercano se de comienzo a incursiones terroristas contra las autoridades, industrias y sus dirigentes, representaciones extranjeras, especialmente las delegaciones norteamericanas. A esta labor se dedican sectores universitarios de la extinta 'FUN', adeptos del ELN, MOEC y PCC-ML, quienes organizan a sus gentes en Comandos Urbanos (Junta de Inteligencia Nacional, 1968a: 20).

Los estudiantes aparecieron como el principal sector que nutrió la violencia en las ciudades, ahora mejor organizados y con fines políticos más claros. Su radicalidad aumentó bajo el gobierno de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), quien actuó con mano dura contra este sector social, suprimiendo la Federación Universitaria Nacional (FUN), el principal organismo de expresión de los estudiantes. Además, dictó varios decretos que minaron la autonomía universitaria y aumentaron las labores de espionaje dentro de las universidades en búsqueda de grupos que sirvieran de intermediarios entre las guerrillas y quienes los apoyaban en las ciudades.

Las organizaciones procastristas fueron las que más arraigo encontraron en las ciudades. Sus demandas se centraron en la caída de las oligarquías que conformaron el FN, la expulsión de todo rastro del imperialismo estadounidense en el país y la defensa de la soberanía nacional contra toda injerencia extranjera que tuviera tintes colonialistas. Los foquistas buscaron el apoyo del gobierno cubano para la implantación de focos insurreccionales a lo largo de Colombia y Latinoamérica. Uno de aquellos grupos que buscó la ayuda cubana fue la Brigada pro-liberación José Antonio Galán, constituida en 1962 y que dio origen al ELN. El apoyo que Castro llegó a brindar a las acciones armadas de los procastristas quedó demostrado en un caso que sonó internacionalmente: el secuestro de dos aviones de Avianca el 22 de septiembre de 1968.

Considerados como el mayor acto de "piratería aérea" en la historia de la aviación comercial hasta ese momento (Secuestrados dos aviones, 23/09/1968: 1A), los hechos sucedieron cuando un Boeing 727 y un DC-4 fueron secuestrados tras despegar de la ciudad de Barranquilla. El Boeing fue desviado hacia el aeropuerto cubano de Camagüey, mientras el DC-4, después de recorrer la costa caribeña hasta Maicao, fue conducido a Santiago de Cuba. El Boeing retornó a Barranquilla el mismo día del secuestro, mientras el DC-4 esperó un poco más en búsqueda de condiciones climáticas

óptimas para el vuelo. Los autores, quienes se quedaron en Cuba, secuestraron en total a 139 pasajeros más la tripulación de las aeronaves.

El mismo día de los secuestros se descubrió que sus autores eran simpatizantes del gobierno de Fidel Castro. El secuestrador del Boeing 727 fue identificado como Ramón García Mallorca, cuyos hermanos Fernando y Joaquín habían secuestrado, el 9 de septiembre del año anterior, otro avión comercial que también fue desviado a Cuba. Según la información dada a conocer al público, los hermanos García Mallorca habían formado un comité procastrista en la comunidad de Guamal, donde “por espacio de dos años estuvieron adoctrinando a muchos de sus coterráneos” (Ramón García, 23/09/1968: 7A). El sastre Carlos Londoño fue el autor del secuestro del DC-4, acusado de pertenecer al movimiento castrista de la Costa Norte de Colombia. A su vez, Londoño era miembro de un grupo intermediario entre el gobierno cubano y los focos guerrilleros procastristas, a los cuales abastecían de armas y otros recursos (Carlos Londoño, 23/09/1968: 7A). Si bien los móviles de estos sucesos no son del todo claros, es de suponer que buscaron llamar la atención con un golpe mediático de gran trascendencia que acelerara el triunfo revolucionario, un accionar característico de las futuras guerrillas urbanas.

De los grupos armados que adoptaron el foco guerrillero, el ELN fue quien mejor se desarrolló en estos años. Liderado por Fabio Vázquez Castaño, el primer foco del ELN se ubicó en San Vicente de Chucurí, Departamento de Santander, a mediados de 1964, si bien fue conocido públicamente hasta la toma de Simacota el 7 de enero de 1965. Desde su nacimiento, el trabajo urbano fue de vital importancia para el ELN, quizás más que para alguna de las otras guerrillas del momento. Ello se debió a que su principal componente social, además del campesinado, provino de sectores juveniles y universitarios, de donde salieron figuras destacadas como Jaime Arenas, Ricardo Lara Parada y el cura Camilo Torres.

La acción violenta en las ciudades le causó problemas al ELN, algunos de ellos incluso antes de que se diera a conocer públicamente. Esto ocurrió en septiembre de 1964, cuando Víctor Medina Morón, uno de los integrantes de la Brigada, fue descubierto por las autoridades tras una serie de atentados realizados en Bucaramanga y Bogotá contra los Institutos Colomboamericanos, huyendo del entorno urbano y adentrándose a las montañas con la guerrilla, cuya presencia generó dos contradicciones internas que

maduraron con el tiempo y que trajeron funestas consecuencias para la organización: la división entre lo urbano y lo rural y entre lo político y lo militar (Medina Gallego, 2010: 198-199).

El ELN constituyó núcleos urbanos cuya violencia tenía como propósito reducir el hostigamiento militar al que era sometida la guerrilla en el campo, además de servir como elemento cohesionador dentro de la premisa ideológica de “liberación o muerte”, para lo cual se procedió a la creación de redes urbanas de ajusticiamiento contra aquellos individuos considerados traidores a la causa, principalmente los desertores, tal como sucedió con Samuel Martínez, ex dirigente sindical petrolero que desertó de la guerrilla después de la toma de Simacota y que fue ejecutado por la red urbana del ELN en Barrancabermeja (Medina Gallego, 2010: 205).

El sacerdote Noel Olaya destacó entre los individuos que formaron parte del accionar urbano del ELN. Olaya fue considerado por los militares como uno de los principales elementos del aparato logístico del ELN en la ciudad de Bogotá, cuya área de influencia abarcó varios barrios de la capital con la posibilidad de extenderse a otras ciudades del país. El grupo que trabajó para Olaya estaba compuesto por obreros, estudiantes y “elementos femeninos”, algunos de ellos mandados a Cuba para ser entrenados y recibir instrucción en operaciones clandestinas dentro de las ciudades (Fuerzas Militares de Colombia, 1969a: 80).

Pese a los actos de violencia, para el ELN resultó más fructífero el trabajo político de masas que desarrolló en las ciudades. Para ello fue fundamental la figura de Camilo Torres, sacerdote y sociólogo que tras un proceso de radicalización política se integró al ELN. Antes de adentrarse a las montañas, Torres tuvo como tarea conseguir gente en la ciudad que fuera afín a la guerrilla para que se integrara a sus cuadros de apoyo, además de concientizar a la sociedad sobre lo necesario que era tomar las armas para transformar al país. Su muerte, ocurrida en Patio Cemento el 15 de febrero de 1966, fue utilizada hábilmente por el ELN, quien la monopolizó como parte de su mitificación revolucionaria.

La apropiación de la muerte de Camilo Torres le trajo a la guerrilla resultados positivos en las ciudades, pues varios sacerdotes y jóvenes universitarios, que veían en la figura del cura un modelo de vida, decidieron convertirse en militantes. Dentro del ambiente universitario se formaron los llamados Comités Camilistas, encargados de realizar

trabajo político en universidades y barrios, muchos de ellos pertenecientes a los “cinturones de miseria”, intentando canalizar simpatías por el ELN. Estos ejemplos muestran cómo para esta guerrilla fue más eficaz el trabajo político que los actos de violencia en las ciudades, si bien esto no la salvó de sus contradicciones internas y del accionar contrainsurgente.

De los grupos de tendencia maoísta, el EPL fue quien mayor raigambre tuvo en las ciudades. La crisis interna que sufrió el PCC a inicios de los sesenta terminó por generarle varias escisiones, siendo la más importante de ellas la “reestructuración” del partido, que ahora se llamaría Partido Comunista de Colombia - Marxista Leninista (PCC-ML o simplemente PC-ML), que nació en Medellín en 1964 y que abogó por seguir la táctica maoísta de la guerra popular prolongada, si bien en la práctica adoptó el foquismo.

El PC-ML consideró negativo para el triunfo revolucionario que la lucha armada se desarrollara en las ciudades. El máximo dirigente del EPL en sus inicios, Pedro Vázquez Rendón, cuestionó la orientación “fundamentalmente urbana de la lucha armada” que tenían algunos miembros del partido (Villarraga S. y Plazas N., 1995: 40). Como resultado, se buscó implantar focos insurgentes en varias zonas del país, estableciéndose finalmente en el Alto Sinú, Departamento de Antioquia, y en San Jorge, Departamento de Córdoba, el cual era conocido dentro de la organización como “El Noro”. Fue en estos puntos de arraigo donde, en diciembre de 1967, se constituyó formalmente el EPL.

El EPL se caracterizó por una ortodoxia radical, considerando traidor a todo aquel que no estuviese de acuerdo con la lucha armada, lo que significó la expulsión de varios de sus integrantes en los años siguientes. Junto a la adopción del foquismo, el PC-ML decidió pasar a la clandestinidad, hecho que lo aisló tanto a él como a su brazo armado de su base social, provocando la primera crisis interna del EPL tras caer en combate Vázquez Rendón a finales de la década, quien operaba en las afueras de Medellín y cuya muerte fue dada a conocer al público por el propio partido con el ánimo de exhortar a los militantes a vengar su muerte y continuar la lucha contra las oligarquías.

El PC-ML y el EPL consideraron que el campo era el centro de la lucha revolucionaria, el lugar donde se necesitaba que brillaran los “fusiles del pueblo”, mientras que la labor en las ciudades debía agilizar el triunfo en el campo. Debido a esta percepción, el

accionar del EPL en las ciudades consistió principalmente en un activismo político radical que no generó actos de violencia notables. Este proselitismo se basó en la difusión de las actividades del grupo guerrillero mediante boletines y folletos, en su mayoría elaborados en Medellín por Guillermo Puyana Mutis, quien fue vigilado por los militares por sus constantes llamamientos a la violencia contra el gobierno, “para que en cada barrio, fábrica, vereda, escuela, caserío, etc., se constituyan comités de defensa popular y cabildos abiertos para organizar y dirigir al pueblo en la lucha” (Fuerzas Militares de Colombia, 1969b: 276).

En contraste a su trabajo político, las acciones violentas del EPL en las ciudades no fueron frecuentes y su impacto mediático fue mínimo. El gobierno colombiano las consideró simples actos desesperados de terrorismo ante el fracaso armado de los focos rurales, pues a su consideración “la nueva ola de atentados terroristas que se vienen registrando en el país en los últimos días, indican que las fuerzas extremistas que controla el PCC-ML, ante su fracaso en zonas rurales, trata de organizar gente que se dedique al terrorismo y a actividades urbanas tratando de conseguir un apoyo a sus grupos en armas” (Junta de Inteligencia Nacional, 1968b: 72).

La percepción gubernamental tuvo su razón de ser en la crisis interna que vivieron las guerrillas a finales de los sesenta e inicios de los setenta. En el caso del ELN, a partir de 1967 se agudizaron una serie de conflictos internos que culminaron en complots, traiciones y asesinatos entre los integrantes de la organización. Las contradicciones internas fueron resueltas por la vía militar que, mediante fusilamientos y la “vigilancia revolucionaria” de sus militantes, logró que el ELN obtuviera un relativo auge a costa del abandono del trabajo político de masas, lo que condujo a un “cierre de seguridad” que lo dejó sin vínculos con los sectores urbanos que antes lo nutrieron. Este aislamiento fue fatídico cuando se realizó la Operación contrainsurgente de Anorí entre agosto y octubre de 1973, en donde la guerrilla tuvo 27 bajas junto a un gran número de capturas y deserciones, perdiendo cerca de un tercio del total de sus fuerzas (Medina Gallego, 2010: 355).

El EPL fue víctima de la férrea ortodoxia de sus líderes y de la inexperiencia militar de sus miembros. Se obligó a la dirección del PC-ML a acompañar a la guerrilla al campo, lo que no agradó a muchos, por lo que se procedió a la expulsión de varios de sus integrantes que, junto con la clandestinidad a la que se sometió al partido, aisló a la

guerrilla de sus necesarios contactos en las ciudades. La inexperiencia militar provocó que en el cerco que el Ejército realizó contra “El Noro” en 1968, el EPL perdiera a Vázquez Rendón y que, para finales de los sesenta, su Comité Central quedara reducido a seis personas, erigiéndose Pedro León Arboleda como el nuevo líder de la organización hasta su muerte en 1975.

A modo de conclusión

La experiencia colombiana de los grupos armados que desarrollaron la violencia revolucionaria en las ciudades durante los sesenta permite observar que sus acciones fueron poco frecuentes, pues el campo era el centro de la lucha, atendiendo la necesidad de penetrar en el espacio urbano cuando los focos rurales empezaron a ser derrotados. Para desgracia de las guerrillas, la actividad armada en las ciudades les generó más problemas que beneficios, situación visible en el ELN, donde la violencia urbana que desataron sus cuadros puso en peligro la ubicación de la guerrilla al ponerse sus militantes en evidencia. Sus escasos resultados fueron claros frente al proselitismo político, el cual consiguió mayor adhesión en los cuadros urbanos.

La situación de las guerrillas colombianas a finales de los sesenta formó parte de lo que llamo la primera crisis de la lucha armada en América Latina, producto de los fracasos insurgentes y del reconocimiento de la ineficacia de la experiencia cubana para el resto del continente. Los movimientos insurreccionales se dieron cuenta tardíamente que las condiciones para implantar un foco en el continente no eran favorables como en Cuba, ni que el voluntarismo era suficiente para derrotar a los ejércitos nacionales. Estos fracasos llevaron a un serio replanteamiento respecto al camino a seguir por la lucha armada. Fue cuando se le concedió un papel político primordial a las ciudades, el cual devino en la formación de las guerrillas urbanas de los setenta, algunas de las cuales poseyeron un discurso menos ortodoxo y dogmático en comparación a las guerrillas rurales del decenio anterior, lo que se tradujo en un mayor interés y apoyo social. En Colombia, éste fue el caso del Movimiento 19 de Abril (M-19).

La violencia revolucionaria que vivieron las ciudades de Colombia y de Latinoamérica durante los sesentas ocupó un papel secundario dentro del espectro de la lucha armada que tuvo a la guerrilla rural como su principal expresión. Sus acciones buscaron ser una

función distractora del verdadero escenario de lucha que era el campo. Fue necesaria la crisis del foquismo para darle a la ciudad un papel más importante dentro de la violencia armada. El resultado fue el desplazamiento de la insurgencia del campo a la ciudad, que no significó la desaparición de las operaciones en el primero, sino sólo la reestructuración de principios y estrategias que permitieron a la violencia revolucionaria vivir en el imaginario de las izquierdas por dos décadas más, hasta que en los años ochenta empezó a gestarse un desencanto respecto a esta forma de lucha.

Fuentes primarias

- Carlos Londoño, Autor del Secuestro del DC-4. (1968, septiembre 23). *El Tiempo*, p. 7A.
- Fuerzas Militares de Colombia (1969a). *Boletín de la Junta de Inteligencia Militar correspondiente a la semana correspondida entre el 29 de octubre y el 5 de noviembre de 1969*. Bogotá: Archivo General de la Nación, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, ff. 79-82.
- Fuerzas Militares de Colombia (1969b). *Boletín de la Junta de Inteligencia correspondiente a la reunión llevada a cabo el día 28 de enero de 1969*. Bogotá: Archivo General de la Nación, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 117, Carpeta 881, ff. 275-280.
- Junta de Inteligencia Nacional (1968a). *Boletín de la Junta de Inteligencia Nacional correspondiente a la reunión llevada a cabo el día 19 de noviembre de 1968*. Bogotá: Archivo General de la Nación, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 97, Carpeta 732, ff. 19-25.
- Junta de Inteligencia Nacional (1968b). *Boletín de la Junta de Inteligencia Nacional correspondiente a la reunión llevada a cabo el día 22 de octubre de 1968*. Bogotá: Archivo General de la Nación, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 97, Carpeta 732, ff. 71-77.

- *Las publicaciones de incitación subversiva.* (s. f.). Bogotá: Archivo General de la Nación, Fondo Ministerio del Interior (antes de Gobierno), Sección Despacho del Ministro, Caja 120, Carpeta 894, ff. 102-106.
- Ramón García, Secuestrador del Jet 1401. (1968, septiembre 23). *El Tiempo*, pp. 1A y 7A.
- Secuestrados dos aviones de Avianca. (1968, septiembre 23). *El Tiempo*, pp. 1A y 8A.

Referencias bibliográficas

- Debray, Régis (1981). “¿Revolución en la revolución?”, *Ensayos sobre América Latina*, México, D.F.: Ediciones ERA, pp. 163-260.
- Huntington, Samuel (2001). *El orden político en las sociedades de cambio*, Barcelona: Paidós.
- Medina Gallego, Carlos (2010). *FARC-EP y ELN. Una historia política comparada (1958-2006)*. Tesis de Doctorado no publicada, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas, Colombia.
- Palacios, Marco (2002). “País de ciudades”, Marco Palacios y Frank Safford, *Colombia. País fragmentado, sociedad dividida. Su historia*, Bogotá: Grupo Editorial Norma, pp. 547-580.
- Villarraga S., Álvaro y Nelson R. Plazas N. (1995). *Para reconstruir los sueños. Una historia del EPL*, Bogotá: Fondo Editorial para la Paz, Fundación PROGRESAR, Fundación CULTURA DEMOCRÁTICA.